

LOS SINTOMAS DEL MILAGRO ALEMAN

(y 2)

EL IMPERIALISMO DEL MARCO

La explosión de prosperidad alemana, a la que en una transposición francamente irreverente se le asignó el carisma milagroso, es palpable a simple vista. No hace falta ser un observador agudo para una evidencia de consumo y solidez. Los clásicos índices: coches, electrodomésticos, viviendas, objetos de lujo, dejan paso a una mayor y mayor opulencia.

El armazón infraestructural —autopistas, ferrocarriles, servicios públicos— suele dejarnos boquiabiertos a los subdesarrollados por su funcionamiento, por su importancia, por su crecimiento; habría que intentar ver debajo de ese «todo» cómo se configuran las partes, qué relaciones estructurales existen, quién, cómo y cuánto poder económico existe detrás del «boom» germánico de la posguerra.

Ya vimos en el capítulo anterior la distribución de los segmentos en la pirámide de renta. Todo esto, sin embargo, no debe hacer perder de vista las magnitudes: los 302.300 millones de marcos del PNB de 1960 se duplicaron en la década siguiente, pasando de una renta «per cápita» de 5.453 marcos a más de 10.000 actuales, sólo superados, en Europa, por Suecia.

Ahora bien, como todo desarrollo obedece a unas leyes y éstas se demuestran inexorables según los arúspices económicos, resulta que el desafío de un orondo ministro de Economía, llamado Erhard, que, después de la guerra, contra viento y marea, preconizó el liberalismo económico a ultranza, en un principio fue un éxito innegable, hasta el punto de adjudicarsele a él la varita mágica del prodigio germánico de resurrección vigorosa. Pero la cola que formarían, uno detrás de otro, los 200.000 grandes, medianos y pequeños empresarios que en los últimos veinte años han tenido que cesar en el negocio, venderlo total o parcialmente, sería una interminable contestación de los principios de libre empresa en los que se basaba la carcasa económica alemana. Incluso 146 banqueros perdieron su independencia. Claro que no hay que mirarlo dramáticamente. Muchos de estos perdedores gozan de excelente salud monetaria en su nueva dependencia. Sólo han perdido poder. ¿Quién lo ha ganado?

El irresistible ascenso al poder de los «Konzerne»

El tan lamentable principio zoológico por el que la superioridad



El Kaufhof, grandes almacenes en contraste con una nueva concepción en la manifestación.

en la Naturaleza va por tamaños, en la economía capitalista avanzada se conoce como absorción. Y cuando no se trata sólo de que el pez grande se coma al chico, sino de auténticas bodas de conveniencia entre buenas familias adineradas, se llama fusión. El nombre del peligroso juego capitalista es concentración, y el reglamento figura en las leyes económicas del capitalismo en sus fases avanzadas. Ha pasado unos años antes en los Estados Unidos de modo espectacular y el virus de grandes «mergers» aún no ha cesado. En Alemania, actualmente es la fiebre. Sólo en el año 1970, la Oficina berlinesa de Cárteles, por la que tienen que pasar las operaciones de este tipo de empresas de más de 500 millones al año de cifra de negocio, o las de más de 10.000 empleados, o las que controlan más del 20 por 100 del mercado en su sector, registró 168 fusiones, el triple casi que en 1967 y 1968. O lo que es lo mismo, una operación cada treinta y tres horas.

Muchas de las empresas, sobre todo las medianas o pequeñas,

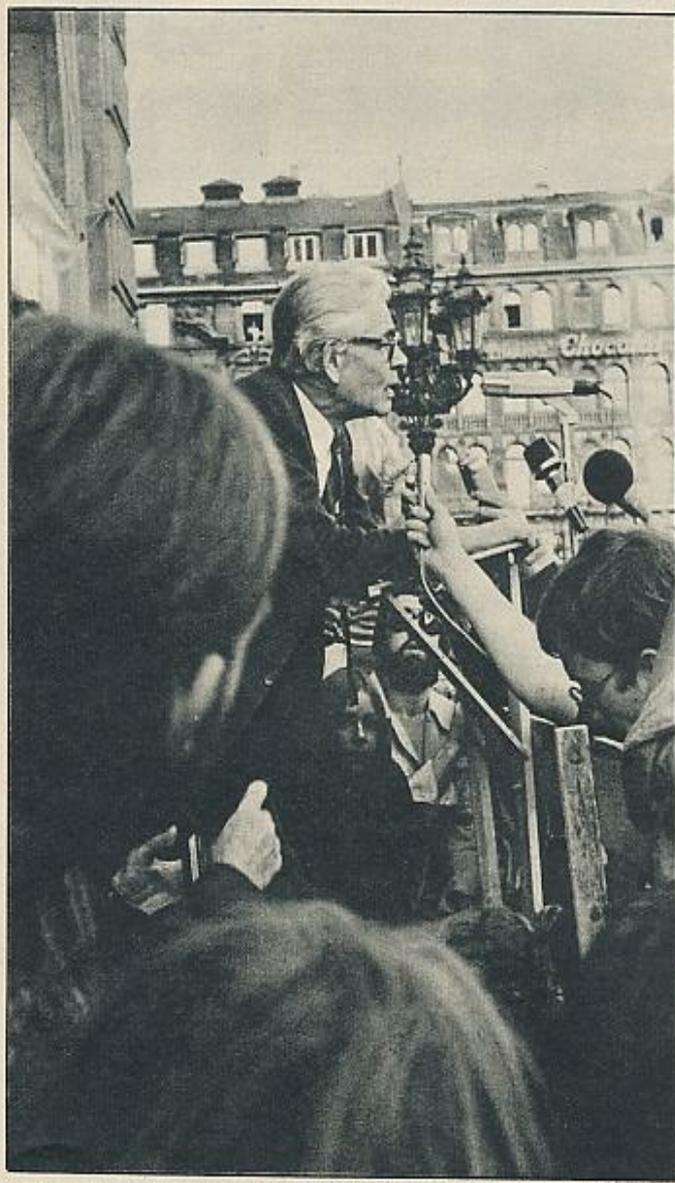
han ido a ser absorbidas sin otra alternativa, pero las grandes han sufrido una especie de psicosis, en la que, ante el temor a que las de la competencia decidiesen fusionarse a sus espaldas y a sus expensas lo hacían ellas. Los resultados están a la vista. En sectores fundamentales, como el químico, que antes de la guerra formaba el cártel de IG Farben y que tras la ocupación fue prohibido, sus sucesores, los tres colosos Hoechst, BASF y Bayer, que emplean a 237.000 personas, que hace sólo diez años controlaban el 40 por 100 del mercado, hoy llegan a un temible 70. En cuanto al acero, otros cuatro gigantes —Thyssen, Krupp, Hoechst y Salzgitter— llegan al 90 por 100. En automóviles, la carrera de la competencia ha quedado reducida a cinco grupos: el formado por Mercedes, Auto Union y NSU, la bávara y pujante BMW, las americanas Ford y GM (Opel), más el grupo Volkswagen. En electrónica, otros cuatro alcanzan sólo el 50 por 100 del mercado: Siemens, AEG, Bosch e IBM-Deutschland.

Naturalmente que para la apo-

yatura financiera de esas gigantescas operaciones, y a pesar de las formaciones de capital dimanantes de sus fusiones y operatividad conjunta, con aumento de beneficios gracias a control de mercado y precios, se necesita la colaboración de los Bancos. ¿Colaboración? En el presente estado del capitalismo alemán, la fuerza de la Banca privada es de tal envergadura que sólo los tres más importantes —Deutsche Bank, Dresdner Bank y Commerzbank— detentan bien directamente, bien a través de la gestión de las carteras de sus clientes, el 70 por 100 del capital de todas las sociedades anónimas alemanas. Un paquete de más de 3.800 millones de marcos en valores está detentado por tres de los 9.536 institutos de crédito. Si la cifra de negocios de todas las empresas industriales en 1969 importó cuatrocientos setenta mil millones de marcos, de los que las diez primeras empresas se llevaron el considerable pellizco de 88.729 millones, casi el 20 por 100, eso puede dar una idea de la importancia de las concentraciones. Lo mismo



Marcuse recita su letanía canónica: anti-represión, anti-imperialismo, etcétera.



Oscar Negt habla a la juventud de izquierdas y llega a Baader-Meinhof.

GUILLERMO LUIS DIAZ-PLAJA

decisión-making, las élites empiezan a estar en un punto caliente en el que cada vez dependen de menos y el poder público queda comprometido: esta es la opinión del economista Dieter Grosser de la Universidad de Münster: «Cuanto mayor es la concentración de poder económico en manos privadas, más difícil le resulta al Estado seguir una política que conduzca hacia fines de interés general».

Cuando ya no es la fuerza de un sector sólo, sino, como informa *Der Spiegel* (31 de enero del 72), la unión de gigantes del acero, como Mannesmann y Thyssen, en relación ambigua, pero cierta, con la química Hoechst a través de terceros, que a su vez se vincula con el gigante eléctrico Siemens, que a su vez los relaciona con el Deutsche Bank y los seguros Allianz, la tela de araña se haría interminable y la danza de millones y de poder de decisión económico produce vértigo. Oligopolios, monopolios, cartelización no son ya fantasmas, sino realidades del mercado alemán que, sin duda, permean a la superestructura política que ha empezado —se dice— a preocuparse y a preparar leyes anticonglomeración. A buenas horas.

El imperialismo del marco

Cualquier estudiante de economía elemental, manual en mano, aseguraría que un Estado con estructuras económicas como la República Federal en el último decenio, tiene por fuerza que convertirse en un país imperialista. Y, efectivamente, acertaría, porque así es.

Si bien al principio de su ola de prosperidad las inversiones exteriores se limitaban a países marginales europeos, como Grecia, Turquía, Portugal y España, a medida que la acumulación de capital fue aumentando y la confianza política de Alemania en el mundo le hizo pisar con pie más firme. Ya en 1968 el gobierno Federal traza un programa de diez años de ayuda al Desarrollo. Las líneas maestras del asalto a África, Asia y Latinoamérica están concebidas y confirmadas en él. De modo combinado, las inversiones públicas alternarán con las privadas, siguiendo módulos concretos. Así, el Estado Federal Alemán concede un crédito para infraestructuras —carreteras, ferrocarriles, puertos, minas—, y acto seguido aparecen empresas alemanas de ingeniería civil, arquitectura, obras públicas, industrias y servicios. Es el esquema clásico. Así, el año 1969, la «ayuda» alemana al Tercer Mundo importó 36.000 millones de marcos, de los que 21.000 eran estatales y 15.000 privados. La escalada en los últimos diez años vio aumentar la financiación federal de los proyectos de desarrollo de 221 a 6.040. La cifra de exportación de capi-

cabe decir de los Bancos, que ya en 1966, entre los 26 primeros reunían el 46 por 100 de su cifra de negocios (349.000 millones).

Por supuesto que el proceso concentracionista es irreversible y creciente, que la competencia contra esos colosales «Konzern» es absolutamente descabellada. No sólo en un sector concreto, sino porque los tentáculos del pulpo se van extendiendo a otros campos, adquiriendo filiales entre sus antiguas auxiliares o suministradoras, o en terrenos totalmente opuestos, mediante puro control financiero en forma de «holdings» en cadena hasta llegar a la fórmula que los americanos llaman «Conglomerate». De este modo, además, el potencial financiero que supone la capacidad de inversiones en programas expansionistas y en programas de investigación apea virtualmente de la competencia a cualquier empresa que no dé la dimensión necesaria. Las consecuencias de muchas de las fusiones y sus inmediatas operaciones de racionalización y reestructuración las pagan muchas veces los trabajadores con despidos o «kurzarbeit» —menos horas de trabajo, uno de los fantasmas que más asustan a la clase obrera y frente al que los sindicatos no han podido aún arbitrar el antídoto—. El otro fantasma —la inflación— tiene aún peor arreglo y parece un mal endémico que deja paso a su prima hermana, la stagflación.

La frase hecha con que antaño se designaba a la concentración de poder, «die Oberen zehntausend» («los diez mil de arriba»), ha quedado obsoleta. Hoy —los capitanes de las 130 primeras firmas— se puede reducir a 600 el número de personas que cortan el gran bacalao de la economía germana. Con la formación de un cada vez más reducido núcleo de

EL IMPERIALISMO DEL MARCO

tales aumentó en un 300 por 100 en los años 67 a 70, pasando a los 8.700 millones de marcos.

De esta manera —tal como demuestra un documentado libro de Brigitte Heinrich, recientemente aparecido (1)—, Alemania Federal ha pasado, pues, a situarse en un lugar preeminente en cuanto a inversiones en el Tercer Mundo; en cuanto a exportador de capitales, en segundo lugar, después de los Estados Unidos. Y es altamente interesante observar la colaboración estrecha que existe entre el gobierno federal y los grandes «Konzerne» industriales y bancarios. Se coordinan las preinversiones públicas, los créditos estatales a los gobiernos de países subdesarrollados para que éstos puedan tener facilidades que predispongan al capital privado y su tecnología a invertir. Naturalmente hay en esto un sutil círculo que entre los dos tienden del primero al Tercer Mundo, con el que éste entra en la penosa curva de endeudamiento progresivo. Para ello existen también sutiles canalizaciones de capital privado en empresas bancarias estatales alemanas (así, el Kreditanstalt für Wiederaufbau o Instituto de Crédito para la Reconstrucción). Se calculó, cifras oficiales del ministro Eppler, que por cada marco invertido en un proyecto de desarrollo en un país del Tercer Mundo volvían 65 pfennigs en forma de contratos y encargos. Y en los proyectos de ayuda multilateral, a través del Banco Mundial, cada marco pagado suponía dos marcos en encargos y contratos.

Basta, para hacerse una idea, repasar la lista de países y sus regímenes políticos: Sudáfrica, Rhodesia, Angola, Mozambique, Irán, Brasil, Turquía, Portugal, para comprender qué tipo de ayuda, de qué estructuras, para qué estructuras. El imperialismo alemán se diferencia en bien pocas cosas del americano; en vez de dólares, marcos, y en vez de mandar soldados y armas, sólo manda armas. Veamos cómo.

El complejo militar-industrial

La frase de Erhard una vez consolidada la economía «Wir sind wieder wer» («Volvemos a ser alguien»), tiene un resabio desafiante-revanchista que a muchos alemanes les sonaba a excesiva. Para ser verdaderamente alguien faltaba lo que las limitaciones políticas de un país derrotado había impedido: un Ejército y su correspondiente industria bélica. Pero las limitaciones fueron cayendo paulatinamente y nadie sabe cómo —bueno, unos cuan-

tos sí lo saben— la República Federal cuenta con ambas cosas. Y no despreciables.

Tres personajes clave en el espectacular renacimiento de la industria militar: el recién nombrado sucesor de Schiller, Helmut Schmidt, ministro de Defensa; en segundo lugar, Ernst Wolff Mommsen, Staatssekretär, director general de Armamentos, y el presidente del CSU de Baviera, Franz-Josef Strauss. Esta trinidad en la que el bávaro suministraría la ideología revanchista y las conexiones con la industria de su

inferior sin duda al norteamericano, francés o inglés— representa, a pesar de todo, una cifra de negocios enorme, en todo caso lo suficiente como para que ocupe totalmente o en proporciones sustanciales a un número de industrias importantes. Traducción: el conjunto de intereses creados forma ya un «lobby» importantísimo y, lo que es peor, el fenómeno no sólo es irreversible, sino que, por definición, tiende a expandirse. Nada de qué extrañarse si el coordinador Mommsen procede —y está en situación teórica excedente— del car-

ras, la MBB (Messerschmitt-Bölkow-Blöhm), la VFW (Vereinigten Flugtechnischen Werke) y la Dornier. La primera emplea veinte mil hombres que trabajan para encargos del Ministerio de Defensa. Además de montar los «Starfighter», de infausta memoria, y los «Phantom» americanos, fabrica una gama de missiles —«Kobra», «Milan», «Hot», «Roland», «Kormoran»—, así como de explosivos. Las otras dos fabrican helicópteros y aviones de transporte a hélice.

En cuanto a astilleros, no se queda atrás: Blohm und Voss,



La prensa alemana está concentrada en muy pocas manos, Axel Springer controla la mayor parte de los diarios y revistas. Hay, no obstante, órganos independientes como «Spiegel», y en estos últimos días ha constituido un escándalo las intromisiones de la Administración en los locales de «Quick».

Land —donde «casualmente» se encuentra la mayor parte de empresas de armamento—, y que Mommsen se encargaría de ampliar a la plana mayor de la industria alemana para con la bendición ministerial coordinar la financiación. Fundamentalmente, a base de importantes pedidos de la Bundeswehr, el engranaje de la industria armamentista se ha puesto a funcionar a todo gas. Desde la prohibición a criminales de guerra como Krupp para fabricar armas, hasta que sea el propio Ministerio de Defensa el que haya encargado a ésta y otras muchas industrias pedidos, hasta final de 1971, por valor de setenta y tres mil millones de marcos va un trecho. (Hay que tener en cuenta que Alemania Federal, como perdedor de la guerra, está sujeta a unos condicionamientos que la obligan a adquirir armamento americano —4.000 millones de marcos— e inglés —550 millones de marcos—.)

Este trecho se puede cuantificar: la producción militar alemana significa un 2 por 100 de toda producción industrial. Este porcentaje, aparentemente bajo —c-

go de director general de la Thyssen Röhrenwerke, uno de los monstruos de la metalurgia. El se ha encargado de reunir regularmente a un Consejo de fabricantes de armas que reúne a la flor y nata de la industria metalúrgica, naval, aeronáutica, automoción, electrónica, telecomunicaciones. Se puede afirmar que hoy en la Alemania Federal no hay empresa de cierta importancia que no tenga un tanto por ciento sustancial empleado en las artes de la guerra.

Grupos como Siemens, AEG, Standard-Lorenz en electrónica, están metidos a fondo en producción de utilización militar. Hay que tener en cuenta que cualquier ingenio —desde el más sencillo cañón, pasando por tanques hasta, por supuesto, aviones y buques— hoy depende en una proporción altísima, y cada día más, de sistemas electrónicos de cálculo y medición, de comunicación y navegación. En cuanto a la aviación, si la Alemania de la posguerra no ha tenido un lugar preeminente en la aeronáutica civil, en la militar ha compensado el terreno perdido. Tres empresas punte-

Lürssen Rheinstall, Howaldtswerke-Deutsche Werft. Sólo esta última empresa tiene actualmente en su cartera pedidos de 28 submarinos por valor de 900 millones de marcos.

Armas terrestres: Hay que citar a los grandes de la metalurgia. Empezando por el mítico Krupp, encarcelado tras el juicio de Nuremberg por haber sido un puntal de la maquinaria bélica nazi; al morir hace cuatro años ya volvía a tener las bases para volver a las andadas: cañones, tanques, etcétera. Hay empresas del grupo Krupp, como la Atlas Elektronik, que trabajan en sus dos terceras partes para armamento. El gigante armamentista de la posguerra número uno, no obstante, sería más bien Rheinmetall, seguido por la Thyssen, la Krauss-Maffei, que produce el famoso tanque Leopard, y el grupo Flick. Este financiero controla paquetes de acciones de industrias de automoción, que en su mayoría están comprometidas en la producción de vehículos militares: Daimler, Benz, MAN, Audi-NSU, KHD, MTU.

Según un detallado informe apa-

(1) D.-Mark. «Imperialismus». Deutsche Industrie und Ausbeutung Dritten Welt (Edition Voltaire, 1972).



Detalle de una manifestación.

recido en *Der Spiegel* (28/1972), la «colaboración entre economía y Ejército», que preconizó Mommsen, se ha llevado al pie de la letra. Hoy existen en Bonn más de 180 oficinas de «información» o de «contacto» que garantizan el funcionamiento de la correa de transmisión entre una y el otro. Y una serie de generales, coroneles y oficiales hoy trabajan para la industria armamentista, oficialmente como técnicos, pero su función de relaciones públicas respecto a sus ex camaradas de armas, es notoria. Han surgido diversos escándalos de corrupción, «affaires» ya clasificados y se suponen más. Con los pedidos, con los créditos y subvenciones.

El profesor Friedhelm Baukloh, en una revista tan autorizada como «Blätter für deutsche und Internationale Politik» (octubre de 1970), no duda en calificarlo de complejo militar-industrial, por la multiplicidad que suponen todas las ramificaciones de industria auxiliar o la incidencia en las de primeras materias, por su nivel de producción y sus vinculaciones a la superestructura militar, que lo sustenta por la base. Y una característica final que lo confirma: su progresivo potencial exportador, fenómeno que participa, a la vez de la dinámica económica, como necesidad de un sistema productivo, y de la dialéctica política de las relaciones que establece la República Federal con otros países. No es casual que la lista de naciones donde hay inversiones y exportaciones alemanas se repita a la hora de las ventas de armas, y que la letanía vuelva a rezar: Irán, Turquía, Brasil, Pakistán, Portugal, Indonesia, Sudán, Birmania. La industria bélica participa de las características de otras ramas civiles

de tecnología avanzada, en el sentido de que sus características de sofisticación y la competencia promueven unos costos elevadísimos, que repercuten en los precios, y una constante innovación, que provoca la obsolescencia. Las consecuencias —disparo de precios— son nefastas, no sólo para países del Tercer Mundo, que entran cada vez más en la trampa del endeudamiento y la dependencia, sino incluso para la propia República Federal, que ya se enfrenta con problemas de insuficiencia de presupuesto (en 1972, 33.000 millones de marcos) ante la escalada de costos de material.

La crisis de la A. P. O. (oposición extraparlamentaria)

El tipo de análisis de la sintomatología socioeconómica —proceso concentracionista del capitalismo, tendencia hacia el imperialismo, complejo militar-industrial— y sus implicaciones políticas es algo, a la vez, perfectamente sabido e ignorado. En los círculos universitarios de la Alemania Federal se llegó a tomar clara conciencia del problema, mientras el resto del país era adormilado por una opinión pública controlada básicamente por la derecha —cadena Springer, Televisión paraestatal—. La tensión entre los dos reductos era demasiado para que no surgiese el corto circuito. Cuando los análisis críticos más lúcidos entre la juventud estudiantil quisieron oponerse a la política ultracapitalista de la CDU, tras la era Adenauer-Erhard, se dieron cuenta de su aislamiento. Surge el SDS y la APO. Eran los años 1966 y 1967. El Sozialist-

cher Deutschen Studentenbund, o Unión de Estudiantes Socialistas Alemanes, tuvo un papel fundamental en la cohesión de una nueva conciencia de izquierda. Su análisis marxista y un tanto científico de la realidad germana les llevaba a unas acciones de protesta: anti-«establishment», anti-imperialismo USA en Vietnam, anti-represión. Un poco con el Vorbild —imagen modelo— de las revueltas californianas y su «guru» Herbert Marcuse, el radicalismo se reclamaba tanto de Lenin y Rosa Luxemburgo como de Mao y «Che» Guevara. Las demostraciones —con las carreras rítmicas Ho-Ho-Ho-Chi-Minh por las calles de Berlín— desbordaron a una Policía aún sin demasiada preparación y, sobre todo, sorprendieron a una opinión pública, fiel reflejo de un gobierno. La cosa era grave: en pleno milagro alemán, alguien se atreve a sacar los trapitos sucios y las contradicciones y escribirlas en «posters» y gritarlas a voz en cuello. Y, además, en Berlín, imagen propagandista del «mundo libre» frente al enemigo, que al otro lado de la puerta de Brandenburgo podía ver y oír los «slogans» revolucionarios a través del megáfono de un líder carismático como Rudi Dutschke.

Afortunadamente para la Alemania establecida, siempre surge un pintor de brocha gorda —aunque esta vez no se llamase Adolfo— y vació un cargador de pistola exactamente en la cabeza visible de la nueva izquierda. A partir de ese momento, que no fue el último de terror, sino que marcó el inicio de una represión fuerte, la APO (Ausser Parlamentarische Opposition) cobró más sentido que nunca. Una oposición extraparlamentaria, que surge de

la conciencia de vacío total a la izquierda. El PC alemán, prohibido desde los años cincuenta, y el SPD, dando una respuesta crítica pálida a los desafíos del sistema, la juventud crítica se volcó en movimientos más o menos coordinados. Pero el Linksradikalismus —radicalismo de izquierdas de las organizaciones maoístas, trostkistas, guevaristas, anarquistas— estaba prácticamente cortado de una base obrera totalmente integrada, y se convirtió en revolución «in vitro». Un reciente libro de Hans G. Helms (2) las califica de especulaciones elitistas, que no sólo llevan a una revolución fetiche, sino que en su ideología socialista antiautoritaria pelagra el fantasma fascista.

Por cansancio, escisiones, diversidad de interpretaciones —la época de las comunas berlinesas de Teuffel, Wolff y otros—, la oposición extraparlamentaria y el SDS empezaron a sufrir un desgaste frente a un país que —convenientemente ayudado por el «Bild-Zeitung»— ya se había alarmado lo suficiente. El 21 de marzo de 1970 se disolvió el SDS, las Universidades volvieron a atravesar períodos de relativa calma, los grupúsculos florecían y sus partenogénesis frecuentes beneficiaban, por una parte, al sistema y, por otra, a organizaciones del tipo Spartakus, controladas más o menos por el nuevo DKP (Partido Comunista Alemán), que no se caracterizó precisamente por su radicalismo, y que, como fuerza política, hoy día no cuenta prácticamente. A sumar también en este caleidoscopio, los Jusos (Jungsozialisten), organización de juventud del SPD, que, llenos de buena voluntad y disintimiento con sus mayores, no tienen una coherencia ideológica ni decisiones programáticas que los enfrenten abiertamente con el sistema. Máxime cuando quien está en el poder se reclama de la socialdemocracia verbalmente y sus hechos son, como hemos visto, capitalismo de muchos quilates. La mala conciencia de los Jusos es incluso instrumentable desde las altas esferas de su partido en forma de clasificación como «enfants terribles».

Historia de una histeria

En medio de este panorama de desorientación, división e inoperancia efectiva de la izquierda, surgió la RAF. La Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo) se entiende como respuesta dentro de un contexto de descomposición de una oposición extraparlamentaria incapaz de unirse y dar un ataque a un «establishment» cada vez más cercan-

(2) «Fetisch Revolution, Luchterhand».

EL IMPERIALISMO DEL MARCO

te. Fundado por una periodista, Ulrike Meinhof, y el hijo de un historiador, Andreas Baader, durante dos años ha funcionado en la más estricta clandestinidad. Con una organización impecable, que comprendía constantes robos de automóviles —modelo preferido: BMW 2002-TI, por sus 180 kilómetros a la hora, combinados con un portamaletas de gran capacidad—, cambios de domicilio y diversas acciones. Estas han consistido, fundamentalmente, en atracos espectaculares a Bancos y colocación de explosivos.

La ideología del grupo, fácilmente imaginable marxista-anarquista, se reclamaba de las tesis y tácticas del brasileño Carlos Marighela sobre la guerrilla urbana. Un error táctico fundamental —entre los muchos ideológicos—, que surgía de querer aplicar esquemas válidos acaso para el Brasil a Alemania Federal, dos modelos socioeconómicos, urbanísticos, de mentalidad popular radicalmente opuestos. Con todo el malentendido, el grupo ha sido durante dos años una pesadilla para la Policía alemana. La humillación que sufría el poder en la cabeza de sus guardianes se fue recuperando lentamente de modo más seguro: la escalada de propaganda antizquierdas de la prensa alemana estaba personalizada en las cabezas del grupo anarquista. Bautizados como la banda Baader-Meinhof, a imagen y semejanza de Bonny and Clyde, se les quiso, desde el primer momento, asimilar a un gangsterismo. Enfatizando los aspectos formales de los delitos y el terror, y mencionando sólo de pasada, caricaturizando u omitiendo los aspectos ideológicos, se consiguió crear un clima de psicosis popular. Durante estos dos últimos años eran frecuente titular de la prensa en general y plato obligado de la primera página de la sensacionalista. Las acciones del grupo y las caídas de algunos de sus miembros, a medida que se iban produciendo, aumentaban el suspense de un tema evidentemente espectacular.

La opinión pública más seria estaba un tanto perpleja, y ni los más radicales se atrevían a defenderlos. No ya por el terrorismo, sino por las justificaciones ideológicas que ellos aducían en sus mensajes, folletos clandestinos y comunicados. Hace unos meses, el escritor católico Heinrich Böll rompió quiétopesamente una lanza en favor de ellos, y, sobre todo, poniendo en guardia sobre el peligro de que la psicosis en torno a su persecución no desencadenase una oleada de terror represivo que él consideró malsana. Le llovieron diatribas de todas partes. Quienquiera que, como el que firma estas líneas, haya es-

tado en Alemania Federal durante los últimos días de mayo y principios de junio del 72, cuando la RAF dio la que había de ser su ofensiva final, no puede olvidar el ambiente que reinaba. Una serie escalonada de bombas —en dos cuarteles americanos, ante un puesto de Policía, en las oficinas de Springer y ante un Juzgado— habían causado una o dos víctimas, pero habían promovido una tensión nacional. Cuando el grupo anunció, a través de la prensa, mediante anónimo, la colocación de unos explosivos, concretamente en Stuttgart, para el viernes 2 de junio a las doce del mediodía, la cosa llegó al paroxismo. No sólo por el suspense que representaba el saber el día, la hora, la ciudad, pero no los lugares concretos, sino porque en su mensaje, al tiempo que daban consejos para la seguridad de la población —despejar las calles, bajar a los sótanos, abrir las ventanas—, explicaban claramente que los explosivos no iban contra ciudadanos anónimos. Justificaban que los locales y eventuales víctimas merecían sus ataques o, cuando menos, su terror, para que «supiesen ellos, aunque fuera sólo una hora en su vida, lo que hacían pasar a millones de vietnamitas a diario desde hace años». Estaba claro que el análisis revolucionario situaba, en primer término, a las tropas norteamericanas, no por su ocupación de Alemania, sino por su significado imperialista.

La semana antes de la anunciada jornada de Stuttgart, la escalada policial fue impresionante. Al salir y entrar en las Autobahn, era frecuente ser parado por patrullas con la metralleta en ristre, millares de comandos hicieron verificaciones y también registros. Al mismo tiempo, no ya sólo la prensa Springer se encargaba de hacer su contraterro; el propio ministro del Interior, en varias alocuciones radiadas y televisadas, hizo una demostración de no sangre fría, con diatribas bíblicas y amenazas impresionantes. En una de sus subidas de tono se despachó a su gusto contra los intelectuales que hubieran justificado más o menos a la banda de Baader-Meinhof, y nombró personalmente a Heinrich Böll. No mencionó que a lo largo de los dos años de persecución la Policía, en operaciones estilo Chicago años treinta, había disparado, herido o muerto a varios inocentes, sin contar las detenciones preventivas.

De auténtica histeria colectiva podía calificarse la situación en aquellos días, cuando, por fin, el 1 de junio, de madrugada, el cerco se cerró sobre unos apartamentos de Francfort, donde cayó Andreas Baader, tras tiroteo y he-

rida, junto con otros dos compañeros y tras descargas de gases lacrimógenos y ocupación con carro blindado. Todo esto, bien entendido, bajo los focos de las cámaras de la televisión, que dieron la versión íntegra «urbi et orbi». No por ello dejaban de impresionar, aun tras la captura, las calles recorridas constantemente por vehículos blindados, camiones o veloces coches patrulla, sirenas, guardias armados en cada esquina, comprobando matrículas, etcétera. En los diez días siguientes, en Berlín, en Hamburgo, en Hannover, cayeron varios miembros más, incluida su cabecilla femenina, Ulrike Meinhof. Ya se podía permitir un descanso a los 150.000 policías —cuya plantilla acababa de ser aumentada en plena fiebre con 15.000 más—, ya se podían arrancar los carteles de recompensa en todas las esquinas y estaciones de servicio: un mosaico de fotos y una cifra muy elevada de marcos, en vez de dólares, como en el Oeste.

Epílogo a la izquierda

Dos días después de la captura de Andreas Baader se celebraba en Francfort una manifestación de solidaridad con Angela Davis, que estaba procesada y a punto de ser juzgada por aquellas fechas. Fue un espectáculo impresionante. Más de ocho mil personas —gente joven, en su mayoría—, representativas de toda una gama, desde la izquierda más radical hasta la oposición folklórica, desfilaron ordenadamente con sus pancartas. Era un curioso espectáculo ver su paso por las principales arterias de Francfort —Kaiserstrasse, Theaterplatz, Hauptwache—, donde los bostezantes ciudadanos de soleado sábado por la tarde, en las terrazas de los bares, a punto de consumir su ritual «Kafe con Kuchen», pastel con mucha nata, contemplaban estupefactos y un tanto incómodos el espectáculo, oían los «slogans» y leían algún panfleto que les había distribuido un apóstol con barba y melnas. La Policía, con efectivos más que sobrados, acompañó cortésmente al cortejo.

Más interesante fue el mitin celebrado en la Opernplatz, donde desembocó la marcha. Allí, para empezar, se supo que dos personajes —un norvietnamita prominente de los de las conversaciones de París y el economista Ernest Mandel—, que estaban invitados, no habían podido llegar, porque el Ministerio del Interior Federal les había negado la entrada en Alemania. Sí, en cambio, se contaba con el papa del antiautoritarismo: Herbert Marcuse. Su dis-

curso fue emotivo, porque traía un saludo personal de la Davis. Después entabló una serie de datos estadísticos impresionantes sobre las destrucciones yanquis en Vietnam, que sirvieron para confirmar sus ya clásicas tesis sobre capitalismo y represión. Sus palabras, aunque esperadas y, por tanto, no sorprendentes, fueron acogidas con grandes aplausos.

Después de hablar un miembro del DKP, el PC alemán, que era uno de los organizadores del acto, con palabras un tanto retóricas, la intervención final fue a cargo del profesor Oskar Negt, sociólogo marxista radical. Su discurso corría por cauces más o menos previstos —capitalismo, explotación, represión, lucha de clases— cuando, de pronto, pasó a hablar del grupo Baader-Meinhof. Contra todo pronóstico, Negt arremetió contra ellos, como aventuristas, que no podían ser considerados revolucionarios porque con su espontaneísmo individualista se cortaban de las masas obreras, que no podían entender sus motivaciones, aunque fueran originalmente sanas. Un ataque en toda regla que los siete mil asistentes parecieron encajar sin pestañear o, por lo menos, no censurar. Lo cual no deja de ser sorprendente, porque la izquierda alemana teóricamente más radical de Francfort estaba representada allí, y aquella audiencia era la heredera del caldo de cultivo del SDS y la Oposición extraparlamentaria, donde pocos años antes había surgido la Rote Armee Fraktion. El grupo Baader-Meinhof, que había nacido como una crispación desesperada, una impaciencia romántica y un tanto infantil por llevar a cabo una revolución, que más que tupamaros europeos eran como unos Robin Hood de izquierda, después de ser vilipendiados como «gangsters» terroristas por la derecha, por la prensa y por el ministro del Interior. Y ahora, a las veinticuatro horas de la operación de caza al hombre que había costado la captura de uno de sus dos cabezas, sorprendentemente, y aunque fuese a través de un análisis ideológicamente correcto, la izquierda alemana les negaba pública y rotundamente.

Nada sorprendente fue que al día siguiente, tanto el «Frankfurter Allgemeine» como el algo más liberal «Frankfurter Rundschau» titularan la información del mitin del 4 de junio: «La izquierda marca las distancias con el grupo Baader-Meinhof». Sin duda, el ministro del Interior, Genscher, que había preconizado un frente unido, desde la derecha a la izquierda, contra el terrorismo, podía considerarse satisfecho. ■ G. L. D.-P. Fotos del autor y archivo.